



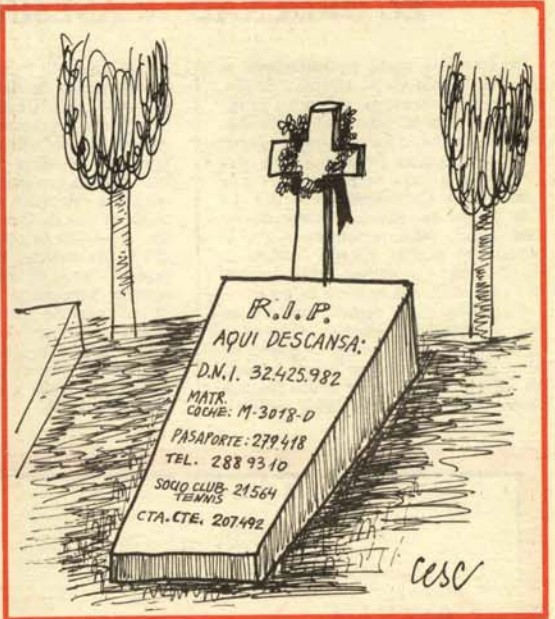
LA FAMILIA DE LOS BATUECOS

A la casa de los Batuecos ha llegado en visita oficial de tres horas de duración la tía Enriqueta. En la puerta del ascensor fue recibida por don Gaspar, que tras los besos de rigor la acompañó a pasar revista al abuelo Eutiquio y Maribel, la madre, que les rindieron honores. Durante el trayecto por el pasillo fue entusiásticamente aclamado por los más pequeños, haciendo caso omiso de los panfletos que en contra de la visita se lanzaron la tarde anterior en el baño; en el transcurso de su estancia giró una detenida visita a algunas habitaciones, interesándose muy vivamente por las cortinas del dormitorio principal.

Más tarde le fue ofrecida una merienda de gala a la que asistieron los padres, el abuelo y Asunción, la hija mayor, faltando la suegra y Casimiro, que por razones de protocolo se hallaban ausentes; al final brindaron por los juveniles sesenta años de tía Enri-

queta, que no los aparenta porque en realidad pasa de los setenta y cinco. Terminada la merienda pasaron a una salita y se abordaron diversos temas, mostrándose don Gaspar totalmente de acuerdo con su tía por miedo a verse ausente de su testamento. La augusta visitante prometió una ayuda económica consistente en alquilarles uno de sus apartamentos a precio reducido el próximo verano siempre y cuando Asunción baje los dobladillos de sus vestidos hasta límites más decentes; también se discutió la línea a seguir con el primo Alberto, la oveja negra de la familia, que lleva cincuenta años sin dar golpe, acordándose rezar un rosario por la salvación de su alma.

Tía Enriqueta obsequió a los niños con pe-setitas doradas y relucientes y abandonó el domicilio de los Batuecos con el mismo ceremonial que a su llegada. ■ **EL VECINO DE AL LADO.**



UN MOMENTO HISTORICO

Como dijo el filósofo, todo pasa y todo llega. Yo no creía estar preparado para un momento histórico tan trascendental. Nunca pude imaginarme que iba a ser testigo de una gesta tal, que después repetirán los libros de historia. Y ahora me cabe el honor y el orgullo de poder decir, como un reportero de «Pueblo»: «Yo estaba allí».

Un minuto, diez segundos antes, nadie podía imaginarse que iba a ocurrir lo que ocurrió. Pero éstas son las cosas de la historia. Esta es la grandeza y la servidumbre de la historia.

Dudo que los que asistieron a la batalla de Solferino sintieran lo que sentí, ya

que no tengo desde entonces la menor intención de fundar la Cruz Roja Internacional. Dudo que los que participaron en la Armada Invencible sintieran con tanta vehemencia como yo la seguridad de que estaban viviendo un momento histórico. Supongo que los firmantes del Tratado de Versalles no experimentarían tanta satisfacción como yo experimenté.

Porque he aquí, señores, que aquí donde me ven, he sido testigo de un hecho histórico sin precedentes: he visto en el Nou Camp cómo Cruyff marcaba su primer gol en la Liga española. ■ **CHQUITO DE PARANINFO.**

